

## **AMEMOS A JESÚS**

Por el Venerable Padre José Frassinetti  
Editorial Balmes  
Barcelona, 1944

### **I. – Quién es Jesús.**

Las Sagradas Escrituras, es decir, los libros que forman la Sagrada Biblia, y que como Escrituras Divinas infalibles son admitidas por nosotros los católicos, y aún (no obstante sus falsas interpretaciones) por todos los herejes y por todos los protestantes, claramente enseñan que Jesús es el Mesías Salvador del mundo, Redentor de todos los hombres, Hijo Unigénito de Dios, igual al Padre, engendrado por Él desde toda la eternidad; Dios verdadero, ante cuyo nombre se postran todas las criaturas, en el cielo, en la tierra y aún en el infierno; el principio y el fin de todas las cosas. Jesús es el Emmanuel, es decir, Dios con nosotros, Dios hecho hombre: *Verbum caro factum est*: hecho hombre, vivió y murió por nuestra salvación.

He aquí quien es Jesús, según lo que enseñan las Sagradas Escrituras. Él es el Omnipotente, el Eterno, el Inmenso, el Infinito Bien, que, por Sí mismo, merece, no sólo toda la estima y todo el afecto de nuestro corazón, sino también una estima y un afecto mayor del que nuestro corazón es capaz. Por lo tanto, no es ni puede ser amado según merece, ni siquiera por los ángeles y por los santos del cielo; al contrario, todo el amor que le profesan todas las criaturas del cielo y de la tierra no es nada en comparación con el amor que merece. Sólo el Eterno Padre, que le ama con un amor infinito, le ama dignamente.

Y todo esto todavía no es bastante, si se considera que Jesús merece un amor infinito, no sólo por Sí mismo, sino también por haberse humillado y sacrificado tanto por nuestro amor en su Encarnación, Pasión y Muerte, y, además, por haberse dado todo El, Cuerpo, Alma y Divinidad, por nuestro compañero, nuestro consuelo y nuestro alimento, hasta la consumación de los siglos en el Santísimo Sacramento. Son todas estas las razones y motivos por los cuales, si el infinito pudiese doblarse, sería menester que Jesús fuese amado con amor doblemente infinito. AMEMOS, pues a JESUS.

### **II.- Jesús conocido por los católicos.**

Todos los hijos de la Santa Madre Iglesia han reconocido siempre a Jesús por Señor y por Dios. Siempre le han adorado, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, reconociéndolo por el Verbo Eterno, por la segunda persona de la Santísima Trinidad, por el Unigénito Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvación. De todas las maneras que han podido, le han dado siempre testimonio de esta creencia y de esta fe.

Todos los hijos de la Santa Madre Iglesia han dado testimonio de Jesús de que le reconocen por su propio Señor y Dios, sacrificando por su amor todo lo necesario, sin exceptuar nada. Cuando el amor de Jesús lo ha exigido, han renunciado a los propios bienes terrenos, a los honores, a los placeres de la vida y aun a la misma vida. De suerte que han preferido soportar cualquiera muerte, aun la más atroz, antes de hacer cosa alguna desagradable a Jesús. Vemos en la historia eclesiástica que no han sido centenares ni millares, sino millones y millones los santos mártires, de toda edad, condición y estado, que de esta manera han dado testimonio de su fe y de su amor a Jesucristo.

Vemos también en la misma historia que, en todos los siglos que cuenta la Iglesia, otras innumerables personas, sin que deber alguno obligase a ello, sino simplemente para dar pruebas de su amor a Jesús, se hanpreciado de sacrificarle todo lo que el mundo en gran manera estima, a saber, las riquezas, los honores, los privilegios, las comodidades de la vida, el estado de matrimonio, y se han resuelto a hacer vida de total desprendimiento y abnegación, para imitar así más de cerca los ejemplos de Jesús, para mejor conformar su propia vida con la vida divina y, de esta manera, dar a Jesús más gusto.

Los hijos de la Santa Iglesia conocen bien quien es Jesús. Nosotros, que dichosamente somos de este número, de conformidad con el conocimiento que de El tenemos, AMEMOS A JESUS.

### **III. – El Jesús conocido de los herejes, de los cismáticos y de los protestantes.**

Generalmente todos los antiguos herejes hasta Arrio, y después todos los demás de los tiempos sucesivos, han reconocido a Jesús por Salvador y Redentor del mundo, por verdadero Señor y Dios, y, si bien han disentido de la fe de la Santa Iglesia Católica en algunos puntos de la doctrina cristiana, a pesar de esto han andado de acuerdo con ella, en cuanto a la fe en Jesús. Lo mismo hay que decir absolutamente de todos los cismáticos, los cuales, aunque después de haber roto los vínculos de la caridad y de la cristiana sumisión al Romano Pontífice, han sido excluidos del arca santa de la salvación, que es la Iglesia Católica, no obstante siempre han confesado, de la misma manera que nosotros, que Jesús es el Hombre-Dios, merecedor de la suprema adoración de todas las criaturas en la tierra y en el cielo.

Los protestantes, también herejes, que han desenterrado la mayor parte de las antiguas herejías, han reconocido asimismo a Jesús. Jesús es para ellos el Salvador, el Verbo eterno hecho hombre, como lo es para nosotros. Nunca acaeció que Lucero, Calvino, Zuinglio, Enrique VIII y otros heresiarcas demostrasen dudar de la divinidad de Jesús. Aun Calvino condenó a la muerte de fuego al hereje Servet, porque no reconocía la Divinidad. Y aun en nuestros días se da el caso de que los protestantes, juntamente con los católicos, combaten a aquel hombre impío<sup>1</sup> que ha escrito un libro contra Jesús. Los librereros protestantes se han negado a vender este libro, tal como se han negado a venderlo los buenos católicos, y en Berlín, que, entre las ciudades protestantes, es una de las primeras, está prohibida su venta, ni más ni menos que en Roma, capital del mundo católico.

Por lo cual es claro que no se puede dudar de que Jesús es reconocido por los herejes, por los cismáticos, por los protestantes, los cuales se llaman cristianos (aunque sean cristianos falsos), porque reconocen a Jesucristo por su Señor y Dios. ¡Pobrecitos! Le conocen, pero no le aman, porque están privados de la verdadera fe, lo cual es el fundamento de la verdadera caridad: no pueden amar a Jesús. En su lugar, nosotros, que podemos, AMEMOS A JESUS.

### **IV. – Jesús conocido de los paganos y de los incrédulos.**

Es necesario tener presente aquella gran verdad proclamada por Tertuliano, a saber, que el alma humana es naturalmente cristiana; lo cual quiere decir que, si el hombre usa bien de la propia razón, fácilmente queda persuadido de la verdad de la fe, porque la verdadera religión, aunque superior, es, no obstante, conforme a la razón

---

<sup>1</sup> Ernesto Rénan

humana. Dios ha dado a los hombres dos medios para conocer la verdad: la razón y la fe. Estos dos medios son diversos, pero no pueden ser contrarios entre sí, sino que necesariamente han de andar acordes, porque están ordenados a la consecución de un mismo fin, esto es, al conocimiento de la verdad, que forzosamente es una. Luego, el hombre que emplea bien su propia razón, aunque esté privado de la verdadera fe, está muy bien dispuesto para adquirirla y para llegar a ser cristiano, que quiere decir conocedor de Jesucristo.

En efecto, como se desprende de toda la historia eclesiástica, cuando se predica la fe a los paganos, los que, entre ellos, desean ser iluminados por la verdad, la aceptan en seguida y adquieren el conocimiento de Jesucristo, del cual quedan muy satisfechos, y llegan a ser tan firmes en la fe, que no son parte para alejarlos de ella ni los tormentos ni el martirio.

Reconocen a Jesús por Hombre-Dios, como su supremo Señor y Salvador, y se muestran como extasiados del admirable conocimiento que se les da de Jesús. En los relatos que nos remiten los *Anales de la propagación de la Fe*, vemos a aquellos nuevos cristianos, llenos de admiración, exclaman: *¡Oh, que Dios tan bueno es Jesús!, ¡Tan poderoso, tan grande, tan santo y al mismo tiempo, tan benigno, tan paciente, y, para nosotros, tan amoroso!* Para ellos la imagen de Cristo crucificado es un libro donde aprenden lecciones que jamás olvidan; lecciones imborrables de la doble amabilidad de Jesús, Dios y Salvador de los hombres. Algunos hay que creen que, después de haber conocido a Jesús, casi no es posible pecar y ofenderle. Invitados a confesar sus nuevos pecados, responden: *¿Acaso no hemos recibido ya el Bautismo? ¿Es posible cometer los pecados de antes?* Los paganos sinceramente amantes de la verdad fácilmente renuncian al culto de los ídolos, y, al conocer a Jesús, se sienten como forzados a amar a la infinita Bondad.

Y, si son tantos los gentiles que no abrazan la fe de Jesús, ello es debido a que no quieren renunciar al desahogo y a la satisfacción de las pasiones desordenadas; desahogo y satisfacción a ellos permitidos por su religión pagana. He aquí porque, un día, el emperador de Japón decía a los misioneros: "Vuestra fe en Jesús es buena y santa, pero no la quiero aceptar por la razón que no me acomoda". Si tantos paganos no conocen a Jesús, ello proviene de que no quieren abrir los ojos a la luz de una fe que no les agrada, porque saben que disiparía las tinieblas de los errores que les gustan y que quieren. ¿Qué maravilla que no vea el sol aquel que, para no verlo, tiene los ojos cerrados?

Aún los incrédulos conocen a Jesús. No, no es verdad, generalmente, que no vean en Jesús al Hombre-Dios. Estos se han de colocar entre aquellos gentiles de quienes acabamos de hablar, que cierran los ojos para no ver lo que no quieren ver, es decir, una verdad que les incomoda y les espanta.

He aquí como argumenta el incrédulo: Si creo en Jesús, esto es, en su religión, he de creer que viviendo mal iré al infierno; es así que yo no quiero dejar de vivir mal, por la satisfacción que en ello encuentro, y, por otra parte, no tengo ánimo para pensar que, de esta manera, encontraré la desdicha eterna; luego, no me acomoda creer en Jesús; persuadirme de que su religión no es verdadera es el único medio que tengo para alejar de mí todo temor y todo espanto. De aquí que no es cierto que, generalmente hablando, el incrédulo no conozca a Jesús; lo que hace es procurar y trabajar constantemente para no conocerle. Había una señora anciana y bastante juiciosa, a la cual le salió, en una pierna, una llaga cancerosa que la llevó a la sepultura. En cuanto esta señora se dio cuenta de la malignidad de su mal, para no espantarse, nunca quiso verlo, durante todo el tiempo que todavía vivió. Otro tanto hace el incrédulo: cierra los ojos a la fe, porque la fe le enseña el infierno abierto a los que, como él, quieren vivir mal.

En efecto, acontece muchas veces que los incrédulos, cuando se ven cara a cara con la muerte, conocen que, desde aquella hora todas las ilusiones de una vida

desordenada se han de acabar infaliblemente, y, conmovidos por el horror que les infunde el paso que han de dar de este mundo al otro, abren enteramente los ojos y ven con claridad lo que siempre han procurado no ver. Conocen entonces la verdad de la fe, a cuyo juicio se han de presentar tan pronto; entonces los incrédulos se convierten casi forzosamente en creyentes. Esto ha sucedido aun a los más famosos, los cuales, al llegar a la terrible meta, o se han entregado a una rabiosa desesperación, o han pedido humildemente a Dios misericordia. El mismo Voltaire murió furiosamente rabioso, porque nadie quiso ir a buscar al sacerdote que pedía para reconciliarse con aquel Jesús de quien había blasfemado hasta la edad de ochenta y cuatro años.<sup>2</sup> La incredulidad es un escudo muy cómodo, mientras dura la vida bestial que se quiere hacer, pero, en presencia de la muerte, el hombre se ve obligado a lanzarlo, aunque no quiera.

Nosotros, por la divina Misericordia, no tenemos la desgracia de cerrar los ojos a la fe de Jesús. La fe nos lo hace ver y nos da a conocer como Sol del universo, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, que irradia un resplandor incomparable por el mismo Paraíso, según aquello que nos dice San Juan: *Lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum (Jo., I,9)*. "Existía la luz verdadera, que con su venida a este mundo ilumina a todo hombre" (Jn. 1, 9). *Lucerna eius (civitatis) est Agnus (Apc.XXI,23)* "La ciudad no tiene necesidad de que la iluminen, porque la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el cordero" (Apoc. 21, 23). Corresponda pues, nuestro amor, a este gran conocimiento que tenemos de Jesús. AMEMOS A JESÚS.

#### **V. – De la justicia, la santidad y delicias del amor a Jesús.**

Sólo el bien merece ser amado: sólo la bondad tiene derecho al amor, y cuanto mayor es la bondad, tanto mayor es también el amor a que tiene derecho. Ya se ve, por lo que hemos dicho, que el amor es justo, si es bueno el objeto al cual se dirige, y que cuanto mejor es éste, tanto más justo es aquél. Ahora bien, conociendo nosotros que en Jesús está todo el bien, y que El es la misma infinita Bondad, y conociendo, además, que es Bondad infinitamente benéfica, no se puede dudar de que es absolutamente justo el amor que se tiene a Jesús, y que es la suma justicia amarle tanto cuanto es posible amarle. Esta es la primera justicia: que AMEMOS A JESÚS.

Las cualidades del objeto amado son las que determinan y constituyen la naturaleza del amor, de suerte que, si el objeto amado es impuro, impuro es el amor; si el objeto amado es vil, vil es el amor; si el objeto amado es noble, noble es el amor; si el objeto amado es santo, santo es el amor. El amor al barro sería un amor impuro; el amor a las piedras sería un amor vil; el amor a la sabiduría sería un amor noble; el amor a la santidad sería un amor santo. Ahora bien, siendo Jesús la misma santidad, santidad incomparable e infinita, síguese que es santo, sumamente santo el amor a Jesús. Reparad bien que el amor a Jesús no sólo es un amor santo y santísimo por sí mismo, sino también un amor santificador, que santifica al cristiano que lo posee, de manera que no puede haber un cristiano que ame a Jesús sin que, al mismo tiempo, sea un cristiano santo. El cristiano que ama a Jesús podrá tener defectos, podrá tener imperfecciones, pero nunca podrá ocurrir que no sea un cristiano santo, como no puede ocurrir que un objeto expuesto al sol no sea iluminado, o que, arrojado al fuego, no sea calentado. Cristiano amante de Jesús y cristiano santo es siempre una misma cosa. Luego, si queremos amar santamente y santificarnos amando AMEMOS A JESÚS.

---

<sup>2</sup> He aquí las palabras de su médico Teodoro Franchin, protestante: "Para ver las furias de Orestes bastaba estar a la cabecera del lecho de Voltaire"

Un amor tan justo, un amor tan santo como el amor a Jesús, es también un amor delicioso. Lo proclaman en alta voz todos los que han hecho la prueba: *el amor a Jesús es un amor delicioso*. Es esto tan cierto, que San Juan de la Cruz no dudaba en decir: *bienaventurado y enamorado* significan una misma cosa; es decir, los enamorados de Jesús son los verdaderos felices que viven en el mundo, por la abundancia de las divinas delicias que derrama en el corazón el amor a Jesús.

Quisiera que la brevedad que me he propuesto no me impidiese transcribir todos los rasgos con los cuales el mismo San Juan de la Cruz, este enamorado de Jesús, describe las magníficas e inefables dulzuras, ternuras, goces y sabores de gloria eterna que gustan y saborean las almas perfectamente amantes de Jesús, y forman, como él mismo la llama, una íntima fiesta, en la cual son anticipadamente bienaventuradas en esta vida, a semejanza, podríamos decir, de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, cuando estaban con Jesús en el Tabor, rodeados de gloria.

Que el amor a Jesús sea un amor delicioso, lo saben especialmente los que hacen una vida ásperas de penitencia y de trabajos, por amor a Jesús, y, más que todos, lo saben los que tienen la suerte de sacrificar la vida por su amor. Esos son los más *bienaventurados*, porque son los más *enamorados*. Lo que mayormente repugna al sentido y a la natural flaqueza; lo que acarrea, no sólo dolor y consternación sino también una muerte dura y atroz, es endulzado por las delicias interiores que el amor a Jesús derrama profusamente sobre su corazón. Los paganos estaban fuera de sí de tanta admiración, al ver como los santos mártires morían con tanta mayor alegría cuanto mayores eran los dolores que padecían en sus cuerpos; no conocían el secreto del amor a Jesús, amor divinamente delicioso.

Oh vosotros, los que andáis perdidos tras las satisfacciones que el mundo os da, y que os place llamar con el nombre de delicias; persuadíos de que no sabéis que cosa sea verdadera delicia; si ustedes supieran lo que es verdadera delicia, tendrían por tormento vuestros goces de costumbre; no daríais este nombre tan hermoso sino a las delicias que proceden del amor a Jesús.

Todos buscamos la felicidad; por lo mismo todos quisiéramos ser bienaventurados y podremos serlo de verdad, si queremos, enamorándonos de Jesús. Repitémoslo una vez más: *bienaventurados y enamorados de Jesús* es una misma cosa; luego AMEMOS A JESÚS.

## **VI. – Para amar a Jesús, amemos al prójimo.**

Me parece que, después de lo dicho, todos deberíamos arder en deseos de amar a Jesús. Deberíamos invitarnos mutuamente, exhortarnos y alegrarnos con gozo y júbilo del Espíritu Santo, repitiendo y cantando una y otra vez *Amemos a Jesús, amemos a Jesús*. Más, para que el banquete, la exhortación y esta alegría no acaben en simples aspiraciones, veamos que hemos de hacer para amar a Jesús.

Quiere el amor a Jesús que amemos a nuestros prójimos. El mismo Jesús lo dice claramente, cuando no nos permite que excluyamos de nuestro amor ni aún a los mismos enemigos. Y, cuando nos asegura que recibe como hecho a El todo lo que hacemos por el prójimo, nos fuerza irresistiblemente a amarle. ¡Cuánto bien hago a mi hermano lo hago a Jesús! Aquel trozo de pan, aquel vestido, aquella moneda, aquel consuelo, aquel socorro que doy a mi hermano, es aceptado por Jesús como si se lo diese a El en persona. ¿Y es posible, si tenemos fe, que nos sepa mal hacer un poco de bien a Jesús?

Luego, si amamos a Jesús, amemos a nuestro prójimo, pero con amor verdadero y eficaz, que no se manifieste tan sólo en afectos y en palabras, sino que pase a las obras; más aún, procuremos hacer a nuestro prójimo todo el bien que podamos, así

corporal como espiritual. Algunos son propensos a hacer tan sólo el bien espiritual que, generalmente, no cuesta sacrificio, ni de dinero ni personales, como dar un aviso, un consejo, hacer una súplica... No, esto sólo no basta; no hemos de ser tan espirituales que nos olvidemos de que nuestro prójimo tiene un cuerpo que está sujeto a necesidades, a veces tan imperiosas, que la caridad ha de socorrer. Otros tienen propensión a hacer tan sólo al bien corporal que impresiona los sentidos y no se preocupan del bien espiritual. También esto es malo. No hemos de ser tan sensibles, o mejor tan sensuales, que hagamos únicamente caso de aquel bien que se ve con los ojos, y se palpa con las manos. Nuestro prójimo, juntamente con el cuerpo, tiene alma, que muchas veces padece necesidades gravísimas de consecuencias funestas, irremediables y eternas.

¡En necesidad tan espantosa está nuestro prójimo cuando le falta el amor a Jesús! Pues bien: con sabios consejos, con amorosas exhortaciones, con obras de caridad, con la oración, socorramos a nuestro prójimo siempre que esté tan necesitado, y, por todos los medios posibles, prevengámosle para que no caiga. Para este fin, impidamos el escándalo, procuremos la instrucción religiosa y moral, induzcamos a los perezosos a la frecuencia de los Sacramentos y de las demás prácticas piadosas; trabajemos, finalmente, con todo celo, para que en cuanto dependa de nosotros, a nadie falte el amor a Jesús. El ejercicio de la caridad fraterna *corporal y espiritual* sea una prueba continua de que AMAMOS A JESÚS.

## VII. – Para amar a Jesús, amemos a la Iglesia

La santa Iglesia, la Esposa de Jesús, la Esposa que Jesús ha purificado y ha santificado con su Sangre, y a la que quiere gloriosa, sin mancha, sin arruga ni otra alguna imperfección, como dice el Apóstol escribiendo a los Efesios (capítulo V); la santa Iglesia, amada por Jesucristo inefablemente, ¿no merecerá nuestro amor? ¿No nos sentiremos obligados a amarla, si queremos amar a Jesús? Sería cosa evidentemente imposible amar a Jesús sin amar a la Iglesia, su amadísima Esposa.

Jesús es el Esposo de la Iglesia, y se ha hecho una sola cosa con ella; por lo tanto, todo lo que se hace a la Iglesia se hace a Jesús. Así, Jesucristo, hablando a Saulo (después San Pablo), que perseguía a la Iglesia, no le dijo: ¿Por qué persigues a mi Iglesia? sino que le dijo: ¿Por qué me persigues? ¡Ah desgraciados perseguidores de la Iglesia! Sin que lo piensen, persiguen a Jesús, a Jesús, el Cordero de Dios, pero también el terrible León de Judá. Quiere decir todo esto que, si el que persigue a la Iglesia persigue a Jesús, aquel que, al contrario, ama a la Iglesia, ama a Jesús, y el que no ama a la Iglesia no ama a Jesús. Luego, para amar a Jesús, amemos a la Iglesia.

Por esta Iglesia no hay que entender una Iglesia ficticia, imaginaria, como se figuran capciosamente los protestantes y aquellos que, si bien se llaman católicos, no poseen la verdadera fe, por causa de los errores que profesan, aprendidos en los libros y en los periódicos malos o de las lenguas de los descreídos. No; aquí no se habla de una Iglesia ficticia, y, por lo mismo, falsa; aquí se habla de la verdadera Iglesia de Jesucristo, fundada por Él sobre San Pedro; de la Iglesia que tiene por cabeza visible al sucesor de San Pedro, el Romano Pontífice. Esta es la Iglesia verdaderamente católica, extendida a todos los tiempos y a todos los lugares, la congregación de los fieles que creen en las mismas verdades, participan de los mismos Sacramentos y están sujetos a sus legítimos Pastores, especialmente al Pastor universal, el Pontífice de Roma. Esta es la Iglesia, la verdadera Esposa de Jesucristo, a la cual hemos de amar con Jesús, y, si hemos de amarla, no podemos, ciertamente, entristecerla, sino que hemos de darle contento y obedecerla.

No entristezcamos a la Iglesia mostrándonos displicentes con ella e indiferente a sus intereses; callando torpemente, por respeto humano cuando sus enemigos hablan contra de ella, o también, y esto sería peor, haciendo coro a sus maliciosas murmuraciones, cuando hablan mal de su cabeza, el Romano Pontífice, de sus obispos, de sus sacerdotes y religiosos; cuando desprecian sus ritos sus prácticas y sus sacramentos.

Contentemos a la Iglesia, correspondiendo a sus amorosas invitaciones y a sus exhortaciones maternales, cuando nos llama a participar de todos los bienes que, en tanta abundancia, le ha dejado para nosotros Jesús; promoviendo sus santas instituciones y trabajando en todo lo que pueda contribuir a su embellecimiento y a su prosperidad.

Obedezcamos a la Iglesia. Ella tiene autoridad para mandarnos. La ha recibido del mismo Jesús. Esposa de Jesús, Ella es nuestra Madre. Los hijos deben obedecer a la madre; si no la obedecen, no la aman. Obedezcamos, pues, a la Iglesia observando todas sus leyes, respetando todos sus decretos. Cuando oímos la voz de la Iglesia, hagamos cuenta de que oímos la voz de Jesús; respondamos siempre a todos sus mandatos con actitud de humilde de sumisión. ¡Oh! ¡Amemos a la Santa Iglesia! Amémosla mucho, procurando imitar el amor que le tenía San Juan Crisóstomo, cuando exclamaba: La amo, la amo, la amo, y estoy embriagado de amor por ella. Sí, amemos a la santa Iglesia, pues, de esta manera Amamos a Jesús.

### **VIII. – Para amar a Jesús defendamos cuanto podamos su honor.**

Si hablas mal de la persona amada o la injurias en presencia de su amado, si éste la ama de verdad, no podrá, aunque quiera, mostrarse indiferente a vuestra osadía, sino que se sentirá movido por el afecto de defender su honor con fuerza y eficacia. Si nosotros amamos de verdad a Jesús, no podremos obrar de otra manera, al oír o al ver que se le ultraja.

Estamos en unos tiempos en que los enemigos de Jesús, que quiere decir enemigos del bien, tienen harto atrevimiento para injuriar de mil maneras a Jesús. Lo que casi no ocurría en tiempo de San Agustín, como él mismo lo afirma, cuando todavía existía tanto paganismo en medio del mundo civilizado; ocurre frecuentemente en nuestros tiempos, en los cuales ya ha desaparecido el paganismo: esto es, que se blasfema de Jesús. Es menester, pues, que los que le aman defiendan su honor despreciado, y pueden hacerlo de dos maneras:

Primeramente no dejando sin castigo la blasfemia. Por lo cual, si sucede que la blasfemia se profiere en nuestra presencia, debemos guardarnos bien de aquel respeto humano que nos aconseja guardar silencio, bajo el pretexto de prudencia, para evitar *una cosa peor*. El hijo que asiste impasible a la injuria hecha a su padre, el agraciado a la del bienhechor, el criado a la injuria hecha al señor, dan pruebas de imperdonable vileza; tanto más daríamos nosotros, si asistiésemos impasibles y silenciosos a la injuria hecha a Jesús; y esto por el amor que le debemos, infinitamente más grande que el debe el hijo al padre, el agraciado al bienhechor, el criado al señor. Por lo cual sin salir nunca de la moderación propia de la caridad y de la verdadera prudencia cristiana, es menester rebatir la blasfemia si es proferida por el que habla con nosotros. Es necesario que mostremos por ello un íntimo dolor e indignación; es necesario que demos a entender que nos ofende profundamente la ofensa hecha a Jesús.

Digo si la blasfemia es dicha por quien habla con nosotros. Porque, si oímos la blasfemia en la calle, proferida por ciertos demonios en carne humano, los cuales desean que se les avise o se les reprenda para tener ocasión de blasfemar más contra de Jesús y contra los que por su honor sacan la cara, entonces es mejor hacer como

quien no oye nada, y bendecir entretanto, en silencio, al Señor y seguir nuestro camino.

La otra manera de defender el honor menospreciado de Jesús es el procurarle, por todos los medios posibles, muchas bendiciones. Por lo cual, si amamos a Jesús, éste ha de ser nuestro gran deseo: mover a todos los buenos cristianos a bendecir a Jesús. Los buenos cristianos son todavía muchos, por la gracia de Dios, y muchas veces dejan de hacer un bien, no porque no quieran hacerlo, sino porque no hay quien se lo sugiera, o porque no saben comenzar. Esto ocurre precisamente respecto a las bendiciones, que podrían multiplicarse, al nombre y a la persona adorable de Jesús.

Son varias estas bendiciones que podrían multiplicarse; pero, considerando que una, entre todas, está muy divulgada, por lo cual es la que más fácilmente será acogida, procuremos singularmente promoverla, para honrar a Jesús. Es ésta, la piadosa salutación: *Alabado sea Jesucristo. – Por siempre sea alabado.* Con la cual se ganan indulgencias, como todos lo saben. Luego, los que aman a Jesucristo procuren concertarse para difundir y generalizar más y más esta preciosa bendición al Nombre Santísimo de Jesús. Ruego, por lo tanto a Jesús, por la santidad, por la dulzura, y por la virtud de su Nombre, que quiera dar fuerza y eficacia a estas mis palabras.

Si amamos a Jesús, procuremos que, por todas partes, se esparzan carteles donde esté impresa tan hermoso saludo, y que se difundan abundantemente por las ciudades y por el campo, y que sean fijados en las casas, como recuerdo: exhortamos a que hagan uso de ella las personas de nuestra amistad y parentesco; sobre todo, comencemos nosotros por dar de ello buen ejemplo, que será más eficaz que todas las exhortaciones.

Allí donde vemos que el respeto humano se opone a la piadosa conversación, lo cuál ocurrirá más fácilmente entre las personas de condición seglar que suelen padecer de semejante mal, roguemos a los fervorosos que se concierten con pacto expreso para saludarse cada vez de esta manera, siempre que la sabia y verdadera prudencia cristiana lo permite. De este pacto, hecho en diferentes lugares de la ciudad o del pueblo, se seguirá que, acá y allá, se irá venciendo aquella vergüenza vana, y la piadosa práctica se establecerá y se extenderá en amplias proporciones, de suerte que ninguno de los cristianos piadosos se avergonzará ya de saludar con un saludo tan santo, que, por otra parte, es la más noble y la más gloriosa que puede emplear el que cree en Jesús. Es de prever que, sin este convenio, el intento no tendrá tanto éxito; porque ocurre que todos los buenos quieren comenzar, pero ninguno se atreve a mostrarse el primero. Si las personas que aman a Jesús trabajan de esta manera para multiplicar las bendiciones a su santo Nombre, llegarán a obtener que el número de estas bendiciones supere, en mucho, al número de las blasfemias que hoy se profieren.

A comenzar, pues: con una y otra de estas maneras defendámosle honor de Jesús. Ésta será una verdadera prueba de que AMAMOS A JESÚS.

### **IX. – Para amar a Jesús, unámonos a Jesús**

Sería imposible encontrar dos verdaderos amigos los cuales, pudiéndolo hacer, no procurasen vivir juntos en la más íntima unión. El amor une más de lo que es posible a las personas que se aman recíprocamente. Si el amor no busca esta unión, no es amor verdadero. Luego ¿amamos verdaderamente a Jesús? Unámonos con Jesús.

Pero unámonos con Jesús del mejor modo posible, con la más íntima unión que podamos tener con El. El cristiano entiende fácilmente que, para esto, no basta la simple unión que el vínculo del amor supone, pues el cristiano entiende que puede tener con Jesús una unión mucho más íntima.

¡Ah, la invención (tan admirable, que parecería increíble, si la fe no nos obligase a creerlo); ¡ah la invención de la caridad de Jesús, para unirse con nosotros! ¡El

Santísimo Sacramento! He aquí a Jesús, que, realizada la obra de nuestra Redención, gloriosamente resucitado de la muerte, se aparece muchas veces a sus discípulos y habla con ellos; pero, pasados cuarenta días, los reúne en torno suyo por última vez, los bendice y, a la vista de ellos, se levanta de la tierra atraviesa las nubes y las esferas, y va a sentarse a la derecha del Padre. ¿Es que Jesús abandona a sus amantes? ¿No estará ya más con ellos en este mundo? ¿Habrá desde entonces, entre ellos y Jesús, aquella inmensa distancia que hay entre lo más encumbrado de los cielos y la profundidad de este valle de lágrimas? Sería herejía creerlo.

Jesús, antes de comenzar su Pasión, había ya instituido el Santísimo Sacramento, en el cual se quedaba en la tierra con su real presencia. Jesús asciende al cielo, pero todavía permanece en la tierra, y no queda en un solo lugar, como cuando estaba visiblemente entre los hombres, sino que se le encuentra en toda iglesia o capilla donde esté el Santísimo Sacramento del altar (ísea por siempre alabado!) Los discípulos, los cristianos esparcidos por todo el mundo, allí donde, a lo menos, haya un solo sacerdote y una pequeña iglesia tienen consigo a Jesús!

¡Oh exceso del amor de Jesús! En su omnipotencia ha encontrado la manera de quedarse con nosotros hasta el fin de los siglos en todos los lugares de la tierra, para que podamos gozar siempre de su compañía. Más ¿que digo de su compañía? De la unión más íntima con Él, pues por medio del Santísimo Sacramento se ha hecho nuestro manjar y nuestra bebida, para incorporarse a nosotros, como el alimento se incorpora al que lo toma. ¡Oh exceso siempre mayor del amor de Jesús! ¿Quién podrá entenderlo? ¿Quién podrá creerlo? Es enteramente incomprensible. Lo hace creíble la fe y el pensar que Jesús es Dios. Ha obrado como Dios, es decir, ha obrado hasta más allá de toda posibilidad. Esta consideración, que es de San Juan de la Cruz, hace que cese toda admiración cuando se tienen en cuenta las obras más maravillosas del Amor Divino. Acabe, pues, toda admiración. Jesús ha obrado como Dios; si hubiese sido menos que Dios no hubiera sido posible un exceso tan grande de amar. Adoremos, pues, el incomprensible misterio del amor de Jesús.

Por lo dicho ya se ve cuanto desea la unión con nosotros y la unión más continua y más íntima. Por lo tanto, si amamos a Jesús, contentémoslo en este su deseo.

El Sagrario debería ser el imán de nuestro corazón, y, así como el hierro nunca se separa del imán, sino es por la fuerza, de la misma manera nosotros no deberíamos separarnos nunca del Sagrario sino por la fuerza; digo por *la fuerza*, es decir cuando nuestros deberes particulares nos separasen de Él. Si amamos a Jesús, démosle gusto, haciéndola devota y amable compañía ante su Sagrario, donde está noche y día, como dicen los santos, prisionero de amor por nosotros.

Más, como quiera que la Iglesia desea mucho más, es decir, la unión más íntima por medio de la Sagrada Comunión, frecuentemos la Sagrada Comunión tanto cuanto nos sea posible. Aquí es donde Jesús no sólo se une, sino también se incorpora a nosotros, alimentándonos con su Carne, dándonos a beber su Sangre divina. ¡Oh sagrado Banquete, donde nos alimentamos substancialmente de Jesús!

Cuando recibimos la Eucaristía, y durante todo el tiempo que en nosotros permanecen las especies sacramentales, nuestras entrañas tienen la misma suerte que tuvieron las entrañas de la Inmaculada Virgen María: *Beata viscera Mariae Virginis, quae portaverunt aeterni Patris Filium!* Nuestras entrañas llevan entonces el Hijo del Eterno Padre! ¡Entonces esta cerca de nuestro corazón; de un corazón al otro se responden y se confunden los latidos! ¿De qué manera podría el hombre tener una unión más íntima con Jesús?

Reparad bien ahora que, así como se ha quedado en los sagrados Tabernáculos para que todos los días, podamos divinamente conversar con Él, también se ha quedado en el Santísimo Sacramento, para que todos los días podamos alimentarnos de Él, como del pan, y del pan nuestro de cada día, como se llama a Sí mismo en la

oración dominical. Por esto, si amamos a Jesús, hemos de acercarnos a la Sagrada Comunión con la mayor frecuencia que nos sea posible.

¡Ah! ¿No volverán más aquellos buenos tiempos, en los cuales, generalmente, todos los cristianos oían, por la mañana, la santa Misa y, en ella, juntamente con el sacerdote, participaban a la Mesa divina? ¡Ah, si volviesen aquellos tiempos felices! Que nadie se atreva a censurar estos mis deseos, que son los deseos de la Santa Madre la Iglesia, reunida en el Sagrado Concilio de Trento (Ses. XXII, c.6); deseo del todo conforme con la doctrina del Catecismo Romano, que es también el Catecismo de la Iglesia, el cual exhorta a los pastores de las almas a que procuren que los fieles se aficionen a la Comunión diaria (§ 2, *De sacr. Euch, n. 60*). ¡Ah! ¿Cómo es que, en parte por pereza de los cristianos, y, en parte, por las doctrinas demasiado rigurosas, se han esparcido y preponderan tantos prejuicios, en menoscabo de la Comunión frecuente y cotidiana?<sup>3</sup>

Consolémonos de que estos prejuicios vayan perdiendo su fuerza. La Comunión frecuente y diaria va, todos los días, en aumento, y es de esperar que los prejuicios quedarán, un día, enteramente disipados y destruidos. Nosotros, entretanto, si amamos a Jesús, procuremos llevar una vida purificada de pecados, en cuanto sea posible a la fragilidad humana; guardémonos bien de todos los pecados *plenamente advertidos*, los cuales, por lo mismo que son *plenamente advertidos*; todos los que quieren los pueden evitar; por lo cual, con la mayor frecuencia, y, si es posible, todos los días, vayamos a gustar el maná del cielo, que, para nosotros siempre está dispuesto y preparado en el sagrado banquete.

Y nuestros directores espirituales, si nos ven muy atentos a huir del pecado, aunque no seamos ángeles (que no podemos serlo en este mundo); si nos ven verdaderamente deseosos de dar gusto a Jesús y de unirnos con Él con la unión que más le gusta, con seguridad nos permitirán un bien tan grande, que será el consuelo de Jesús y nuestra santificación.<sup>4</sup>

Y, en efecto ¿qué otro medio de santificación de las almas pueden haber en el mundo comparable a la frecuente y diaria Comunión? Los frutos que producían todos los árboles del paraíso terrestre eran, sin duda, saludables; pero el más saludable era el producido por el árbol de la vida, que tan exactamente representa al Santísimo Sacramento. Todas las prácticas de piedad, los rosarios, los oficios, las meditaciones, las mortificaciones, etcétera, son otros tantos medios de santificación de las almas; pero ninguna vale tanto como el Santísimo Sacramento. No sólo las almas que viven con el santo temor de Dios, sino también las almas pecadoras, si enseguida que dejan el pecado, comenzasen a frecuentar la Sagrada Comunión, quedarían aseguradas en la perseverancia en el bien y no fallaría su santificación.

Si amamos a Jesús – no me cansaré de repetirlo-, si amamos a Jesús, unámonos con Jesús en la Sagrada Comunión, lo más frecuentemente que podamos. Quiero,

<sup>3</sup> He aquí el texto del Concilio Tridentino: “Desearía ciertamente el Sacrosanto Concilio, que en todas las misas, los fieles que a ellas asisten comulgasen no sólo con el afecto espiritual, sino también con la recepción de la Eucarística”

El Catecismo Romano dice así: “Es regla certísima aquella de San Agustín: Vive de manera que puedas comulgar todos los días, por lo cual será obligación del párroco exhortar con frecuencia a los fieles a que, así, como todos los días piensan que es necesario dar alimento al cuerpo, de la misma manera no descuiden el dar el alimento al alma con este Sacramento, pues es cosa clara que no menor necesidad tiene el alma del alimento espiritual, que el cuerpo del material.” Hay que notar que no es autoridad de San Agustín, sino de un tal Gennadio, autor oscuro, aquella que le es atribuida aun por San Francisco de Sales, en la Filotea (parte II, cap.20): Comunión diaria ni la alabo ni la condeno. Esta no es autoridad de San Agustín; al contrario, hablando de la Eucaristía, dice: *Es el pan de cada día; tomadlo pues diariamente.*

Además ¿no hemos de loar lo que tan expresamente aprueba la Iglesia y tanto desea que se haga? Sentada la doctrina de la Iglesia tan clara y evidente, aquella proposición: La Comunión diaria, no la alabo ni la condeno, no puede en manera alguna aprobarse. Vid. Segur, la Sagrada Comunión sería de desear que todos los cristianos devotos leyesen esta obrita.

<sup>4</sup> Hay que notar que el autor escribía esto antes del decreto vigente sobre la comunión diaria, al cual remitimos a los lectores (N. del T)

además, añadir que, en cuanto nos sea posible, promovamos en los demás la Comunión frecuente y cotidiana, exhortando a ella a nuestros hermanos. De esta manera daremos gusto a la Iglesia, que expresamente demuestra un deseo tan vivo de ello en el Concilio Tridentino y en su Catecismo. Y no se puede dudar de que el deseo de la Esposa es el deseo del Esposo, el cual, en efecto, tiene dispuesta diariamente la Mesa divina para todos los que a ella se acercan con la vestidura nupcial de su gracia.

Si así lo hacemos, daremos contento a la Iglesia, daremos contento a Jesús, y nuestras almas y las de nuestros prójimos serán santificadas. Nos unimos todos de la mejor manera con Jesús y podremos decir con fiabilidad que, en verdad, AMAMOS A JESUS.

### **X. – Para amar a Jesús, asegurémonos el Paraíso.**

En resumen ¿qué quiere de nosotros Jesús? Quiere que, después de haberle amado en la tierra, en el breve transcurso de esta vida, vayamos a amarlo eternamente en el cielo. Por lo tanto, si queremos amar a Jesús, lo cual quiere decir, si queremos hacer la voluntad de Jesús, debemos asegurarnos el cielo.

Allá arriba se ha de consumir y cumplir nuestra unión con Jesús comenzada en la tierra; allá se ha de consolidar y asegurar de tal manera, que toda desunión entre nosotros y Jesús sea para siempre imposible; allá, por esta perfecta y perdurable unión, se ha de consolar eternamente en nosotros el Corazón de Jesús.

¿Y qué haremos en el cielo, sino consolarnos mutuamente nosotros y el Corazón de Jesús? Jesús nos consolará, haciéndonos entrar en el gozo de su divinidad; nosotros consolaremos a Jesús, porque en nosotros nada habrá que le desagrade, sino, al contrario, habrá en nosotros todo lo que le complace y contenta. Allá la criatura puede decir siempre y con verdad: Mi amado Jesús es todo para mí, y yo soy todo para Él.

Sea, pues, este nuestro empeño: asegurarnos el Paraíso. Para este fin evitaremos todo mal, esto es, todo aquello que el mundo tiene de vicioso y defectuoso, y haremos todo el bien, practicando todas las obras buenas que se puedan practicar. Esta es la verdadera manera de asegurarnos el paraíso, porque es imposible que lo pierda aquél, que hace todo lo que ha de hacer para conseguirlo. Por lo tanto, por encima de todos nuestros pensamientos, ha de dominar siempre el de asegurarnos el paraíso; que todos los demás pensamientos que tengamos, sean para secundarlo, y persuadámonos de que, en comparación con la importancia que este tiene, todos los demás pensamientos no tienen ninguna importancia. Guardémonos de fomentar ningún pensamiento que pueda ponernos en peligro de perder el Paraíso. Es la palabra de Jesucristo que nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo con la pérdida de su alma.

En el mundo hacen los hombres gran caso al dinero y de los bienes terrenos, de las ciencias y de las artes, de los placeres y de las satisfacciones, y, en nuestros días de un modo especial, hacen gran caso de los intereses políticos. Parece que muchos, muchísimos, creen haber nacido para los bienes de la tierra, y que, una vez obtenidos éstos, nadan han de buscar más allá.

Entretanto ¿qué se hace en el mundo? En el mundo hay un continuo morir. Aquel que compra un palacio lo adorna y muere; éste adquiere una finca, la cultiva y muere; otro llega a ser literato, artista, político de fama, más ¡pobrecitos! ¡Mueren, sin llevarse consigo cosa alguna que pueda ayudarles para la otra vida! Aunque la muerte sea la cosa más aborrecida y más esquivada, en el mundo no hay más que una continuada muerte.

Hace tiempo que, un día en Génova y otro en Turín, nadie murió- Todos se maravillaron, y el hecho salió publicado en los periódicos. ¡Verdad muy dura para los

hombres, pero muy evidente verdad! En el mundo hay una continuada muerte. Aquí, de todos los bienes que el mundo nos presenta, nos podemos asegurarnos ninguno, ni por un tiempo muy breve: asegurémonos, pues, los bienes del otro mundo; asegurémonos el paraíso; éste es el único bien que podemos asegurarnos, y asegurado éste, todo está asegurado.

¡Ah, si tantos y tantos que van muriendo de día en día, pudiesen volver a la vida, después de haber visto como son las cosas del más allá! No serían, ciertamente, tan necios e inconsiderados que diesen a las vanidades de la tierra la importancia que en vida les dieron.

Nosotros, que todavía estamos a tiempo, compadezcámonos de las ilusiones de tantos hermanos nuestros, pero asegurémonos el Paraíso, es decir, la unión eterna con Jesús. Así hemos de hacerlo, si amamos nuestro verdadero bien, SI AMAMOS A JESUS.

### **XI. – ¿Y María?**

Al hablar de Jesús, es imposible olvidar a María. Así como aquel que insulta a Jesús, no deja de insultar a María, de la misma manera el que bendice a Jesús, no deja de bendecir a María: a María, la bendita entre las mujeres, que nos ha dado el fruto bendito, Jesús; la gran Madre de Dios, que puede y quiere hacernos tanto bien a lo largo de nuestra vida; María, que, aunque tan santa, no nos desprecia a nosotros pecadores, sino que nos consuela y socorre, como madre muy amorosa; María, que, sobre todo, nos asistirá en la última hora, para que demos un buen paso hacia nuestra verdadera patria, que es el reino de Jesús, donde podremos decir con toda verdad que AMAMOS A JESÚS.

No olvidemos, pues, a María; acudamos a ella en todas nuestras necesidades; glorifiquemos su bondad; veneremos su santidad; proclamemos sus glorias; imitemos sus virtudes. Si de esta manera somos devotos de María, tendremos la gracia de amar a Jesús. María es la Madre del Amor Hermoso: ¿y cuál es y cuál puede ser el amor hermoso, sino el amor a Jesús? Seamos, pues, verdaderos devotos de María, y así podremos decir, desde ahora, que verdaderamente AMAMOS A JESÚS.

### **ORACION DE AMOR**

Haced, Señor, que os ame más que todo y más que a todos, por encima de todo y de todos, y si fuere preciso, en contra de todo y de todos. Que no haya nada, ni nadie, capaz de sacarme, de apartarme, ni detenerme en vuestro amor. Que viva respirándolo continuamente, y que todo mi aliento y vida, todo mi gozo y delicia, todo mi sufrimiento y pena sea siempre por vuestro amor. Bien queréis, mi buen Jesús, que yo ame a vuestras criaturas, mis semejantes; pero no queréis que mi corazón se detenga y ponga en ellas su morada. Vos queréis, Señor, que las ame como de paso, yendo y volviendo de vuestro corazón amorosísimo que nos abraza dulcemente a todos. Lo sé, lo veo y no lo hago; es enteramente culpa mía; perdonadme. Es dolencia de mi corazón; curadle. Es flaqueza de mi amor: fortalecedlo. Es mi propia e íntima bajeza: ilyentadme, Señor!

Si yo mismo me ato, y corto mis alas ¿a quien daré la culpa de no volar libremente a Ti? Más yo os pido que deshagáis y separéis misericordiosamente todo lo que mi corazón neciamente haga y junte. De Ti solo será la gloria; pero, ¡por piedad, mi buen Jesús! ayudad mi amor. Vos mismo guiadme, conducidme, obligadme, castigadme, dadme sufrimiento, calumnia, pobreza, desprecio, oprobio, martirio, más no me arrojéis jamás de vuestro Corazón. Que sea mi nido de amor, el palacio de mis

goces y delicias, la dulce soledad de mis intimidades, el impenetrable secreto de mis confidencias, la fuente sagrada de mis amabilidades, el santo lazo de mis amistades, la pureza de mis afectos, el bálsamo de mis llagas, el consuelo de mis sufrimientos, el remedio de mis debilidades, el perdón de todas mis culpas, el triunfo sobre mis tentaciones, la fuerza de mi elevación hacia Vos. Que yo viva, piense, hable, obre y ame sólo en Vos, por Vos y para Vos.

Y cuando un día haya de presentarme ante vuestra Soberana Majestad tremenda y amable, que no tengáis que pedirme cuenta de haber amado jamás a nadie, ni más, ni tanto como a Vos. Amén.

### **INDICE**

- I. Quién es Jesús.
  - II. Jesús conocido por los católicos.
  - III. El Jesús conocido de los herejes, de los cismáticos y de los protestantes.
  - IV. Jesús conocido de los paganos y de los incrédulos.
  - V. De la justicia, la santidad y delicias del amor a Jesús.
  - VI. Para amar a Jesús, amemos al prójimo
  - VII. Para amar a Jesús, amemos a la Iglesia
  - VIII. Para amar a Jesús defendamos cuanto podamos su honor.
  - IX. Para amar a Jesús, unámonos a Jesús
  - X. Para amar a Jesús, asegúrenos el Paraíso.
  - XI. ¿Y María?
- ORACION DE AMOR